

Mi palabra y la de los demás. Entrevista con Ángel Gabilondo

Josep A. Bermúdez

Josep A. Bermúdez es Doctor en Filosofía por la Universitat de València, Profesor Asociado en su Dept. de Filosofía y Profesor de Enseñanza Media. Es especialista en el pensamiento de Foucault, sobre el que ha publicado, entre otros artículos de investigación, Foucault: un ilustrat radical? (PUV, 2003).

JOSEP A. BERMÚDEZ [JAB]: *En su libro El discurso en acción, usted afirmó que a Foucault le sorprendió el poder. ¿Le ha sorprendido a usted el ejercicio del poder en relación con la analítica foucaultiana?*

ÁNGEL GABILONDO [AG]: Lo bien cierto es que no tengo la percepción de estar ejerciendo el poder, más bien tengo la percepción de que mi único poder, si alguno tuviera, será la influencia que sea capaz de ejercer con mis argumentos, mis convicciones, con mi capacidad de persuadir a través de lo que vivo o lo que digo. La verdad es que, en un país como este, en el que están las competencias educativas transferidas, mi única posibilidad, y yo me encuentro cómodo en ello, es trabajar mediante acuerdos, consensos, buscando puntos de encuentro...

Todo lo que sea entender y comprender que el poder no está solo localizado y centralizado algo así como en un ministro, sino que está más bien diseminado en una suerte de microfísica de poderes —y esto sería también muy foucaultiano—, todo esto, por un lado, yo lo percibo, y, segundo, no me hace sentir incómodo. Yo no tengo ninguna voluntad de ser poderoso ni de tener una presencia determinante, omnimoda, algo así como si lo que yo determinara ocurriera. Me gusta mucho más trabajar, como digo, coordinadamente, cooperando, en procesos de corresponsabilidad, de acuerdo, de consenso, y por eso no me encuentro raro en el análisis de Foucault.

Es más, la idea de localizar el poder tiene ese punto de eximir de la propia responsabilidad; eso de que lo que ocurre es culpa de un gobierno, o gracias a un gobierno —que sería igualmente ridículo—, o de que todo lo que pasa en nuestras vidas personales, en nuestras vidas cotidianas, debemos culpabilizar o agradecerse a un lugar y a un punto, pues todo eso ni yo lo comparto ni Foucault lo aceptaría.

JAB: *Siguiendo con la analítica del poder de Foucault, ¿qué destacaría de ella?*

AG: Yo creo más en la *potestas* y no tanto en la *autoritas*... Las luchas son mucho más inmediatas, mucho más concretas; hay que pelear por asuntos determinados y no hacer grandes debates teóricos, sofisticados y fundamentalistas. Hay una mala lectura metafísica que nos dice que los grandes discursos combaten grandes relatos; bueno, pues Foucault nos enseña que no. Por eso, cuando me dicen que vamos a luchar por no sé qué aspectos concretos —la formación profesional, la educación infantil o los idiomas—, me siento más cómodo que cuando hacemos grandes debates sobre qué es la educación, aunque también me interesan como proceso reflexivo. Pero yo creo que tanto los ciudadanos como la realidad nos están pidiendo que seamos realistas, concretos, que seamos menos pretenciosos y ambiciosos, y que trabajemos por aspectos determinados.

Ángel Gabilondo es Ministro de Educación del Gobierno de España y Catedrático de Metafísica de la Universidad Autónoma de Madrid, de la que también fue Rector. Su último libro es Sin fin (Aguilar, 2011)

JAB: *¿Puede ser compatible el cargo de ministro con la concepción del intelectual específico de Foucault?*

AG: Yo creo que el cargo de ministro debe ser compatible con el de ser ciudadano; se trata de ser un ciudadano activo, comprometido. Tampoco un ministro es un ser especialísimo. Su singularidad consiste exactamente en estar convocado a decidir, a intervenir, a liderar. Creo que no es incompatible ser ministro con pensar —lo que dicho así tiene su punto provocativo—, no es incompatible con estar comprometido con convicción por algo, no es incompatible, desde luego, con concebir nuevas posibilidades y formas de vida... Aunque yo no digo que yo sea un intelectual. Considero que no se ha dado en mí ninguna escisión personal, no se ha generado ninguna escisión entre lo que he pensado siempre, entre el compromiso público del trabajo político —en el sentido que yo lo he concebido—, y mi labor como ministro; en realidad, eso es lo que ahora hago, pero desde otro sitio. Pero el pensamiento como creación, el pensamiento como capacidad de crear espacios de libertad o como implicación con los demás en la generación de un mundo más justo y más libre, con espacios éticos si se quiere decir, yo sigo creyendo en eso. Por eso, en última instancia, estoy aquí.

JAB: *¿Y se pueden crear esos espacios de libertad a través del BOE, de las leyes, de...?*

AG: Se puede hacer a través del trabajo de todos los ciudadanos y ciudadanas. A mí una de las cosas que me gusta de este despacho es que da a la calle, y cuando miro por la ventana veo a los ciudadanos pasar. Estamos aquí para ellos y si uno se cree que el gobierno está al servicio de un partido o de sí mismo está en un error. Lo que no hay que perder de vista es que el horizonte son los ciudadanos, las ciudadanas, la sociedad; lo que debe estar claro es que tenemos que trabajar para ellos. El día en que no lo hacemos nos equivocamos absolutamente. Aquí el gran error es poner a todos al servicio de la política y no la política al servicio de los ciudadanos; esto es lo que yo creo que se puede hacer. Ahora bien, si uno tiene una idea, como he dicho antes, fundamentalista y pretenciosa de la política, algo así como creerse que, por ser ministro, a partir del lunes va a conseguir transformar la realidad por real decreto, no tiene ni idea de lo que es un ministro y no tiene ni idea de lo que es la realidad.

JAB: *Foucault se preocupó también por la verdad. Nos hablaba del teatro de la verdad, de los combates por la verdad, de la verdad como ficción. ¿Percibe usted esto en su responsabilidad política?*

Creo que tanto los ciudadanos como la realidad nos están pidiendo que seamos realistas, concretos, que trabajemos por aspectos determinados

AG: Sí. Sí, sí, sí... Yo siempre he dicho que hay un fingimiento y hay una ficción, y a mí no me gusta el fingimiento, pero la ficción no es un fingimiento. La ficción es un modo de ser de la verdad. Por tanto, forma parte del concepto de verdad el hacer relatos, relatos que nos hacen llevadera nuestra propia existencia. Así pues, no creo en el fingimiento; es decir, no creo en que uno esté aparentando cosas que no piensa o siente. Pero si la ficción es un relato, si la vida es un relato en busca de narrador como dice Ricoeur, si la vida es una pasión en busca de relato, pues yo sí que creo que nosotros tenemos que hacer ficciones. Pero ahora voy a decir una cosa: ficciones verdaderas, ficciones que hagan soportable un poco nuestra propia existencia. Es más, yo creo que el liderazgo, el verdadero liderazgo político, es la capacidad también de poner en marcha nuevas ficciones, de generar grandes ficciones. Aunque repito, por si no me explico bien, que la ficción no es un modo de perversión de la verdad sino un modo de ser de la verdad. Lo que es un modo de perversión de la verdad es el fingimiento. No me gusta fingir, pero sí que me gusta ficcionar la realidad.

JAB: *¿Hay mucho fingimiento en la política española?*

AG: Bueno, supongo que lo habrá y los ciudadanos —en los que, en última instancia, insisto, creo— una de las claves que han de distinguir es la de saber dónde está el fingimiento. El fingimiento es un desplazamiento de la verdad, es decir, es un desvío de la mirada que, en vez de atender a lo que hay, se queda en los alrededores. Y también lo que creo es que hay impostura en algunos casos; impostura. La mentira no es decir lo contrario de lo que uno piensa; la verdadera mentira es vivir lo contrario de lo que uno dice, esa es la verdadera mentira. Entonces el gran fingimiento, la gran impostura es que no haya una mínima coincidencia entre lo que decimos y lo que hacemos. Eso sí que es mentir. No es el problema pensamiento-acción, es un problema entre el decir y el hacer. Porque yo creo en el decir —por eso quizá estamos hablando de Foucault—, yo creo que el decir hace cosas. Yo lo que le pido a un político, se equivoque o no se equivoque, es que haga lo que dice, eso es lo que le pido, no que piense y haga lo que piensa, que por supuesto que también, pero la gran mentira

está en nuestra forma de vida, en no vivir a la altura de lo que pensamos y decimos; esa es la gran mentira.

JAB: *¿Esta experiencia suya como ministro hará variar algunos de sus planteamientos filosóficos?*

AG: Bueno, a mí me lleva a un asunto que, claro, yo ya venía conminado por algunas cosas que leía por ahí, que es que pensar sigue siendo cada vez más determinante. Desde luego también otra cosa que es determinante es que gobernar es elegir, gobernar es preferir, es aprehender una forma de pensamiento que está vinculada a la elección, a la decisión, a la preferencia. Esto nos lleva, en el sentido más rico de la palabra, a una *contaminación* del pensamiento. En vez de un pensamiento indiferente, apático o poco comprometido, estamos hablando de un pensamiento que inexorablemente tiene un punto trágico, que es que pensar nos lleva a la necesidad de decidir. Yo una de las cosas que aprendo de estas sillas en las que estoy es que, permanentemente, el pensamiento, siendo determinante, acaba llevando a la necesidad de tomar algunas decisiones. Por eso creo que necesito rodearme de gente valiosa que me ayude, por eso creo que, puestos a decidir, o puestos incluso a equivocarse, lo mejor es hacerlo con los otros, y por eso siento profundamente el pensamiento como un pensamiento democrático. Como gobernar es decidir y es preferir, entonces lo que hay que hacer es hacerlo juntos.

Pero, claro, en un debate que había por ahí con Perelman y otros, hablando sobre los filósofos, entre los juristas decían: es que los filósofos podéis hablar durante un rato y luego os marcháis, pero los juristas, después de hablar, tenemos que tomar una decisión; y os puedo asegurar, decía Perelman, que se habla de modo muy distinto cuando se tiene que decidir que cuando se puede uno ir sin decidir. Yo no estoy de acuerdo con esta distinción, pero sí ilustra un poco lo que quiero decir, y es que el pensamiento es un compromiso, es un compromiso con una decisión, y por tanto es un riesgo. Y por eso tiene un punto de trágico, porque, decidas lo que decidas, no acabas de resolver lo que hay, ¿no? Gobernar es preferir.

JAB: *Por concluir con esta primera parte de la entrevista, quisiera referirme, por un lado, a un libro suyo, Mortal de necesidad, que versa sobre la filosofía, la salud y la muerte, y, por otro lado, nos vamos al otro extremo, a unas declaraciones tuyas sobre que necesitaría un buen rato para definir qué es un ser humano...*

AG: A veces me sorprende la precipitación, incluso diría la supuesta claridad de algunos sobre lo que ha de decidirse en algunos momentos cuando son asuntos que llevan dirimiéndose durante cientos, durante miles de años, asuntos que han conmovido a generaciones enteras, que han movilizado pensadores, pensamientos, relatos y que siempre han sido puntos permanentes de controversia; lo que me sorprende es cómo algunos tienen las ideas tan reclaras, tan supuestamente incontestables, tan dogmáticamente establecidas. Cuando me preguntan sobre alguna de estas cosas creo que hay que aprovechar para dar un toque de atención, y es que para ver qué es un ser humano necesitamos un rato. Y cuando digo que necesitamos un rato no es solo un tiempo, necesitamos también paramos a pensar todo lo que hemos pensado toda la civilización occidental —por no hablar de otras— para así poder determinar lo que eso es. En qué modo esto es un asunto solo biológico, o genético, o también un asunto social, en qué modo está determinado también por un comportamiento en un entorno; y por eso de ahí venía el debate sobre si alguien puede ser un ser humano sin haber tenido propiamente un relato histórico, un relato social, un comportamiento con otros y demás... Yo solo hacía esta afirmación en la dirección de que seamos un poco más cuidadosos sobre lo que significa un ser vivo y un ser humano, lo que significa también ser un ser efímero, mortal, pero lleno de dignidad y de plenitud.

JAB: *Mi pregunta iba precisamente sobre cómo dos temas tan importantes como son la muerte y la vida reaparecen cíclicamente en los medios de comunicación y en la política cada cinco, diez, quince, veinte años... Curiosamente, la filosofía nunca está presente en este debate. Me parece que el debate no se plantea correctamente; decimos: vamos a hacer esta ley a favor o en contra de la eutanasia, del aborto, pero el momento del pensamiento, el momento de reflexión, nunca se da. La filosofía siempre está ausente...*

AG: Eso es un error, si no lo está...

JAB. *¿Cómo se puede evitar eso?*

AG: Yo sé que, por ejemplo, Ricoeur contaba que cuando en Francia hacían alguna ley, los preámbulos de este tipo de leyes los redactaba un grupo de gente, ¿no?, había sociólogos, geógrafos, filósofos, juristas... Surgía una especie de consenso, o de espacio, o de acuerdo entre distintos lenguajes para establecer el marco de este tipo de leyes, e incluso se constituía una especie de grupo para hacer esto. Porque estas cosas no son tan fáciles de dirimir, y eso de creerse que uno,

Yo siempre he dicho que en la política hay un fingimiento y hay una ficción, y a mí no me gusta el fingimiento, pero la ficción no es un fingimiento

porque está en un puesto de poder, de repente es un visionario que tiene ideas incuestionables...

JAB: *No, no, claro...*

AG: Puestos a hacer algo, tenemos que hacerlo más bien cerca de quienes han pensado, han trabajado y trabajan en eso; pero también muy cerca de los ciudadanos. Este es el gran asunto de la política y no el asunto de las encuestas. El gobierno tiene que estar cerca de la opinión pública, pero el gobierno no es solo opinión pública. También hay un punto de liderazgo, de promover nuevas posibilidades. Si el gobierno fuera pura reproducción de lo que la sociedad ya hace, pues yo creo que nos equivocáramos. Se está pidiendo también que haya un plus de liderazgo, pero ese liderazgo no puede ser, como hemos dicho, el de un visionario, tiene que ser también el de un espacio cultivado, cuidado... Yo no estoy diciendo que los filósofos gobiernen la ciudad, lo que sí estoy diciendo es que en el gobierno de la ciudad es imprescindible que haya cultura, haya pensamiento, y haya también un poco de relación con la historia de nuestro pensamiento, con la historia de las ideas. Si no, cada día estamos inaugurando la tradición. Yo no soy tradicionalista, pero sí creo que hay que *recrear* la tradición, que hay que *revivir* la tradición y recibir el pensamiento como un legado, porque así nos ha sido dado, para a partir de él pensar nuevas posibilidades de vida. Por eso, sí, es sorprendente cómo se habla de estos temas que se han dicho, de la eutanasia, de lo que ha de hacerse sobre el aborto, de lo que ha de hacerse sobre la vida de los demás, como si esto fuera un asunto inaugural, es decir, partiendo de una idea permanentemente adanista de empezar el mundo. De manera que cuando dije que esto lleva un ratito, quise decir que ya llevamos un buen rato pensando en esto, ¡vamos a escuchar lo que se ha dicho sobre estas cosas! Yo no he venido aquí a dar lecciones a nadie, sino a recibir lecciones de todos aquellos que han pensado, durante tantos años, con nosotros, no por nosotros.

JAB: *Pero ¿no nota a faltar precisamente ese espacio de encuentro? Porque aquí cada posición ideológica se pone en su atalaya y lanza piedras a la de enfrente.*

AG: Sí, me parece un disparate porque yo siempre he defendido, y además los ciudadanos lo piden, que no estamos aquí para generar una controversia entre nosotros, sino para afrontar juntos los problemas. A veces dejamos que un problema se pudra mientras entre nosotros nos combatimos; y, sin embargo, los ciudadanos piden que compartamos juntos el problema. Pero ¿dónde están esos espacios? Esa es una muy buena pregunta. ¿Dónde está el lugar donde los seres humanos hablan, debaten? ¿Cuáles son los espacios donde se pueda hablar de verdad? Pues no hay tantos como parece, no hay tantos como parece. A veces pensamos que en los medios de comunicación, pero este sería un tema interesante para hablar, ver si en los medios de comunicación hay ese espacio.

JAB: *¿La universidad?*

AG: Claro, y es lo que debería ser, ¿no? Pero yo sigo pensando que hay menos de los que necesitamos, y en un nivel de menos intensidad del que precisamos. Creo que es imprescindible, y agradezco que se cite la universidad, reactivar espacios de debate y de confrontación de ideas para poder abordar los grandes retos que tenemos, porque, si no, ¿qué vamos a esperar, a un salvador que nos saque de esta?

JAB: *Permitame que ahora nos centremos en la filosofía recientemente citada y en su lugar en las enseñanzas. ¿Manuel Sacristán o Gustavo Bueno?*

AG: Bien, esto es una vieja reyerta, una extraordinaria reyerta, pero ¡menos mal que la había! Lo primero que quiero subrayar sobre ese debate es que yo veo con mucho gusto que lo hubiera. Eso traslucía que de esto se hacía un asunto social. Yo no voy a tomar partido por uno u otro, pero sí creo que la filosofía, con ese nombre, además, debe estar en la enseñanza; y también creo que ahí hay una transmisión que tenemos que hacer valer. Bueno, cuando se dice que lo importante es que los estudiantes piensen, pues eso es verdad. Pero, atención, piensan en todas las materias; creerse que solo se piensa en la materia de filosofía también es muy pretencioso. Ahora bien, la filosofía no es solo pensamiento, la filosofía también es un modo de saber, es un modo determinado de saber, y eso lo defendemos los que creemos que el saber, o si se quiere la sabiduría, es mucho más importante que el acopio de conocimientos. Lo que yo hago es una gran reivindicación de la filosofía también como disciplina, como disciplina de la docencia, de la enseñanza y desde luego de la universidad. Esto no quiere decir que no se den problemas muy concretos sobre los que yo ahora tampoco voy a pronunciar me muy explícitamente sobre cuántas horas debe haber sobre esto o lo otro. Pero yo

sí quiero decir que la filosofía no es solo pensamiento, porque todas las ciencias son pensamiento; la filosofía es un modo muy singular de saber, un modo determinante de la sabiduría que es una forma determinante de concebir la vida, y una tradición, una transmisión del saber. El día en que se desvincule la filosofía del saber, como un modo de saber, y se piense que es diletantismo, una especie de ejercicio mental, ese día perderemos la verdadera raíz de la filosofía. La filosofía es un modo de saber, es un modo de crear, y yo suelo decir que es un modo determinado de vivir. Por eso la pregunta de Deleuze me sigue conmoviendo: ¿cómo vivir una vida filosófica? ¿Qué es eso de vivir una vida filosófica? Por tanto, debe haber filosofía en la enseñanza, debe estar en los planes de estudio, con ese nombre, sin apellidos, y desde luego debemos reivindicar el saber que nos ha sido transmitido, debemos reivindicar la forma de vida que nos ha sido transmitida por la filosofía.

JAB: *Hablando de los apellidos de la filosofía, en la actualidad esta materia en el bachillerato se llama Filosofía y Ciudadanía. ¿No es esto redundante? ¿Puede haber una filosofía sin ciudadanía?*

AG: Desde luego, el concepto de ciudadanía tiene cierto aire ilustrado, pero yo entiendo la pregunta y además comparto el sentido de la pregunta. La filosofía, de hecho, es una forma de vivir la polis, es una forma de concebir la ciudad. Desde Aristóteles hemos aprendido, y además con Platón ya se insinúa, que en realidad el filósofo es un político, es un tejedor, uno que trama ciudad; yo he creído siempre que mi pensamiento era una forma de construir la ciudad. En realidad también nos enseñó Aristóteles que la ciudad está donde está el ciudadano, y no al revés, la ciudad no es un lugar donde vive el ciudadano: *donde hay un romano, allí está Roma*. Y por eso sí que hay un punto de redundancia; pero hay un punto de redundancia que de algún modo está también denotando, o apuntando, que a veces hacemos una lectura de la filosofía que pierde esta dimensión política y pública; y yo creo en una filosofía siempre con una dimensión política y pública. Lo cual no significa que no crea que la filosofía es también una forma de crear espacios éticos o del cuidado y cultivo de sí mismo, que esto es también muy foucaultiano.

Pero, si insistiéramos, yo diría que sí hay un punto de redundancia a la hora de hablar de ciudadano, al hablar de filosofía; esa redundancia puede decir que el término ciudadano es un término también más contemporáneo, aunque sea ya de cientos de años. Pero la vinculación de la filosofía a la polis, esto viene de siempre. Vinculación, pues, a

polis como el espacio de la palabra compartida, como el espacio del diálogo, de la construcción en común, como el espacio un poco de la creación de nuevos mundos: este es el espacio de la filosofía, no es solo el espacio del entretenimiento mental.

JAB: *Usted es ministro en un gobierno socialista, y el PSOE y la filosofía no se han llevado muy bien. La LOGSE eliminó la filosofía de segundo de bachillerato como materia común y la redujo a una de modalidad. Tuvo que venir Esperanza Aguirre con su Decreto de Humanidades para restaurarla. La LOE también ha implicado que en muchas comunidades autónomas se haya visto reducida su carga horaria. ¿A qué se debe esto?*

AG: Probablemente porque se ha mezclado la filosofía con otras cuestiones, y por eso ahora estaba como convocando de nuevo a una identificación de la filosofía como tal. Si uno mira las siglas del PSOE, encontramos una S, una S que es la S de social, de sociedad, de socialización; se trata de apostar por la idea de poner el partido al servicio de la sociedad y no al revés. Entonces, cuando hablo yo de la gente, de los ciudadanos, de la sociedad estoy diciendo que esta es la prioridad; al decir que esta es la prioridad, pues también a veces, por una determinada concepción, se entendía que lo que había que hacer era más bien socializar un poco toda la enseñanza; a mí no me parece mal, me parece bien que se universalice, que se socialice toda la enseñanza. Al mismo tiempo se ha pensado también que el pensamiento tiene que llegar a todas las materias, que todas las materias eran fuente de pensamiento, de creación, de identificación personal... De acuerdo. Pero yo creo que no es muy adecuado confundir esta universalización, esta socialización, con una especie de difuminado de esa materia específica llamada *filosofía*. Considero que esto nace de una concepción de la filosofía, que en algunos ámbitos todavía hay y que a mi juicio no es adecuada. Porque cuando digo que la filosofía es un modo de saber y un modo de vivir estoy también reivindicándola como una disciplina, y algunos no entendían que era una disciplina. Y digo más, es también una materia —y si nos animamos diré que es una asignatura— y yo creo que es así como debe estar identificada en la enseñanza. Comprendo que en determinados momentos políticos e históricos de nuestro país se haya buscado más la transversalidad del pensamiento; eso yo lo puedo comprender, y más con una voluntad de socializar y universalizar el pensamiento. Pero yo, como profesor de filosofía y como miembro de un gobierno socialista, lo que sí quiero decir es que me parece determinante mantener la filosofía como una disciplina, como una materia, como una

—llámese asignatura, con un contenido, repito, vinculado a una enseñanza específica, a una tradición recibida y también a un determinado modo de considerar la historia. Yo creo que la filosofía, y esto sonará un poco hegeliano, es historia de la filosofía, yo creo en esa historia de la filosofía, y por tanto no solo hay que aprender a pensar, hay que aprender una historia del pensamiento y no solo una historia de las ideas.

JAB: *Pasemos a hablar de la filosofía en el ámbito universitario. Bolonia, además de crear un espacio educativo superior único, implica un cambio en la metodología de las enseñanzas universitarias. ¿Se ve el profesor Gabilondo aplicando ese cambio metodológico?*

AG: Necesitaré de la complicidad de todos. *Bolonia* es mucho menos uniforme de lo que creemos. *Bolonia* es el espacio que se crea entre sistemas que son comparables y compatibles, conmensurables, diría, no uniformes. *Bolonia* no es el espacio de la uniformidad; los que han entendido *Bolonia* como uniformidad se han equivocado. *Bolonia* no uniformiza, *Bolonia* lo que dice es que dentro de la diversidad existe la posibilidad de que los modelos sean comparables, equiparables y mesurables. Bueno, yo casi tendría que hablar aquí de la identidad, la diferencia y lo común, pero no lo haré. Yo solo digo que cuando me ha tocado presidir a veintisiete ministros de educación durante la presidencia española, una y otra vez decía que cada uno preserve un poco su diversidad. Siempre digo que hemos de reivindicar el derecho a la diferencia sin diferencia de derechos. La diversidad para los amigos de la diferencia no es un problema, el problema está en que esos sistemas no sean conmensurables. Lo que queremos es que un estudiante pueda moverse en diferentes países, que su título valga en distintos países, pero no queremos la uniformidad.

Siguiendo con la cuestión de la uniformidad y la diferencia, también quiero decir que hay muchas maneras de ser buen profesor, y es otro error creerse que todos los profesores tienen que reducirse al estándar del modelito del profesor *Bolonia*; y yo no creo en eso.

JAB: *Pero eso se está vendiendo. Las universidades están haciendo cursos en ese sentido.*

AG: Pues es un error si se identifica con uniformizar el profesor. Quiero decir con esto que hay modos muy distintos de dar clase, y que uno puede seguir dando unas clases más de tipo magistral, y no pasa nada. Lo que no puede ser es que todos den clase magistral, lo que no puede ser es que un estudiante esté, durante toda la mañana,

en seis horas de clase magistral. Pero puede haber clases de tipo magistral, puede haber otras clases más de trabajo en equipo, puede ser un seminario, trabajo en bibliotecas, trabajo en laboratorios... Luego también está que cada uno tiene sus propias condiciones, puesto que hay profesores que pueden ser más doctorales en el sentido de poder dar mejor una conferencia o una clase magistral, otros son más adecuados para el trabajo en equipo... Por eso lo que hay que hacer es trabajar conjuntamente, como un equipo de profesores, y el equipo de profesores tiene que llegar a cubrir todas esas facetas, pero nadie ha dicho que con *Bolonia* no puede haber un profesor que pueda ser más, en fin, de tipo magistral. Ni todos saben para eso, ni todos podemos hacer eso, ni todos debemos hacer eso.

Ciertamente, yo no sé cuál es mi modelo de ser profesor, porque ahora cuando vuelva en algún momento, tendré que reinventarme, pero yo no dejaré de dar lecciones. Y tendré que aprender otra cosa, que la participación, que la comunicación, que las nuevas tecnologías, que las tutorizaciones son muy importantes para el éxito académico. El profesor no solo debe saber hablar, debe saber también escuchar al estudiante. Ahora bien, repito, la diversidad debe darse en un equipo, en un departamento, pero no es necesario que en cada uno de los profesores aparezcan todas y cada una de las facetas de las multiformes maneras de ser profesor.

Si lo que queremos es coger a todos los profesores, uniformizarlos y reducirlos a un modelo estándar de ser profesor, primero, me parece un disparate, segundo, me parece que no ocurrirá jamás, y tercero, no le veo las ventajas. Aunque, no nos engañemos, es eso lo que ocurría también antes de *Bolonia*, lo que ocurría es que todo profesor tenía que dar unas clases magistrales; y yo digo que tomando apuntes, trabajando al dictado, examinando sin parar... así se aprende poco. Dicho así un poco contundentemente, me parece un error uniformizar profesores, y me parece un error uniformar países, y me parece un error uniformar. Eso es lo que me parece un error.

JAB: *Pero ¿cree que la universidad y los departamentos están preparados para trabajar en equipo?*

AG: Tenemos mucho que hacer ahí. Nos ha pillado también con los pies un poco cambiados; también a alguna gente le ha pillado un poco mayor. Hay que ver nuestra realidad, la de una universidad con cierta edad media, donde desde hace decenios ha habido mucho discurso sobre la *buena nueva* de la gran renovación, y donde ha habido experiencia suficiente como para tener al-

guna duda sobre la *breve* *mente* esa, y comprendo que haya estas reservas. Pero también he de decir que la universidad es una institución centenaria, y tan centenaria como que ha sabido sobrevivir a buenas modificaciones. No estamos estudiando el *trivium* y el *quadrivium*: algunos dirán que lamentablemente, pero no lo estamos haciendo; la universidad sabe hacer sus juegos para ir recreándose y reinventándose de una u otra manera; lo que esperamos es que sea para mejor. Aunque, ciertamente, de entrada, la predisposición para un asunto de estos pues no era la mejor; y, sin embargo, creo que la generosidad, el pragmatismo y la visión de futuro del profesorado está haciendo que muchos —y a veces incluso produce, no digo ternura, pero sí emoción— vean cómo éstos, y algunos de ellos muy jóvenes, están haciendo un enorme esfuerzo, y a veces hasta asistiendo a cursos como principiantes, para renovar o reactivar su propia formación. Es verdad que ha habido una exigencia muy grande para los profesores, y por eso no me canso de reconocer su labor y de agradecerla. Si algo me sorprende no es la resistencia, sino la generosa respuesta que se ha dado a una exigencia tan grande.

JAB: *Con Bolonia, un modelo bastante pensado para las titulaciones de ciencias —naturales o sociales—, se ha dado bastante preponderancia a las nuevas TIC. Pero ¿no deja esto, en cierto modo, un poco marginadas a las titulaciones de humanidades?*

AG: Yo sí creo que ha habido un modelo un poco técnico, tecnológico e incluso tecnocrático de la ciencia, pero esto no es solo una cosa universitaria sino de una sociedad que concibió de una determinada manera la ciencia, y por eso siempre reivindicó una visión abierta y plural de la ciencia. Hay ciencias humanas, ciencias sociales, hay ciencias no solo exactas. Es por ello que tenemos un ministerio que se llama “de Ciencia”, pero no es el ministerio de las asignaturas de ciencia, es el ministerio de un concepto plural y abierto de ciencia. Y yo si he entendido, y de hecho por eso constituimos aquí en el ministerio un grupo de humanidades, que ha habido un modelo más apegado a ciencias exactas que se ha querido miméticamente trasladar al mundo de las humanidades con bastantes malos resultados. Esto se hacía porque quizá las humanidades habían vivido de otra manera sus propias evaluaciones. Yo soy partidario de evaluar, porque lo que no se evalúa se devalúa. Pero creo que la reacción de las humanidades ha sido muy positiva diciendo: pero si a nosotros no nos importa que nos evalúen, lo que no queremos es que se nos apliquen modelos que pertenecen a unas ciencias más técnicas o tecnológicas. Sin

Como profesor de filosofía y como miembro de un gobierno socialista, me parece determinante mantener la filosofía como una disciplina, como una materia, como una asignatura

embargo, ahora el esfuerzo de las humanidades está en que se están creando los propios mecanismos de valoración, de reconocimiento, de evaluación... Una reacción de nuevo de una madurez extraordinaria.

Repito, no solo universitariamente, sino socialmente ha habido una noción de ciencia como una ciencia inmediatamente rentable, que produce productos de mercado, donde el conocimiento inmediatamente se patenta o se transfiere... Bueno, esto era un exceso. También era un exceso ignorar que en las ciencias humanas y sociales el conocimiento también es muy rentable socialmente. Yo sí creo en la rentabilidad social del conocimiento, creo que el que haya clásicas en las universidades españolas es muy rentable socialmente. Yo hablo de rentabilidad social, no hablo de rentabilidad económica ni mercantil, y tenemos que reivindicarla, e incluso pedir que se valore y evalúe la incidencia social y económica de las humanidades. Ahora se habla del poder económico de la lengua, por ejemplo, o de lo que significa el patrimonio cultural o de las artes para el país... Ahí es donde creo que es absolutamente determinante el no quedar fijados por ese modelo, mal llamado, *cientificista*.

JAB: *Sí, pero la impresión que tenemos es que, cuando hablamos de la financiación universitaria, en lo que se está pensando principalmente, por no decir exclusivamente, es en la rentabilidad económica.*

AG: Pues es un error.

JAB: *Evidentemente, pero ¿no va a convertir esto a las humanidades en las marías de las titulaciones universitarias?*

AG: La potencia de insurrección, diría yo, de las humanidades es también muy grande. Se está pudiendo ver que los profesores de historia del arte, de arqueología, o de historia se insertan muy bien en un sistema de generación del bienestar e incluso que producen riqueza para el país. Puestos a ser llamados a un desafío —¿y ustedes para qué sirven?—, los profesores de humanidades han sabido —o hemos sabido— decir: ¡ah!, ¿esta es la pregunta?, pues les voy decir para qué; para que, entre otras cosas, no se plantee el asunto solo en

términos de utilidad, sino también en términos de sentido. Cuando un alumno le preguntó al profesor Alfredo Dcaño, el primer profesor que tuve de filosofía: oiga, ¿y para qué sirve la filosofía?, este le dijo: mire, si quiere usted una cosa que sirva, yo le aconsejo una navaja de cien usos, que tiene mondadientes, sacacorchos, abrelatas... Yo ahí aprendí que el sentido de algo no es igual a su utilidad, y por tanto tenemos que reivindicar el sentido de las humanidades, porque desde luego la utilidad no es la única medida para hablar del sentido de algo.

JAB: *Permítame una última pregunta sobre la crisis. ¿Estamos ante una crisis simplemente económica, o estamos ante una crisis más bien del pensamiento? ¿Tiene algo que ver esto con la pérdida de un pensar representativo? ¿Tenemos algo que decir desde la filosofía o lo dejamos todo para los economistas?*

AG: Tenemos muchas cosas que decir. La crisis no es solo económica. la crisis es también crisis social, es política y es una crisis de valores, e incluso diría que es una crisis del concepto mismo de economía. La economía era una ciencia social, no era una ciencia exacta, la economía es una ciencia, sí yo entendí algo, social y humana. Economía viene de *oikos*, y significa el gobierno de la casa, y ya que hemos hablado también hoy de Foucault, podemos decir que es como el gobierno de quien gobierna una nave, como quien gobierna un hogar, como quien se gobierna a sí mismo; es la ley de la casa, y hemos convertido eso en una especie de tecnocracia. Entonces, no es solo una crisis económica, es que es también una crisis de lo que significa el concepto de economía y una crisis de cuál era el lugar de la economía dentro exactamente del concepto de sociedad. La economía no es la nueva teología, ni la economía debe erigirse en aquello al servicio de lo cual debe estar todo el país; yo creía que la economía estaba al servicio del país, y no al revés. Por tanto, crisis económica, crisis también del concepto de economía y crisis desde luego también social, política y de valores. Y cuando esto es así, desde luego es una crisis que también es una puesta en cuestión del pensamiento. Y de nuevo reaparece nuestra pregunta con la que hemos convivido siempre: *¿qué significa pensar? ¿Qué es esto de pensar? ¿Qué sentido tiene pensar? ¿Qué tiene que decir el pensamiento en este momento? ¿Hay algo que aportar desde el pensamiento? Pues yo digo que sí, absolutamente sí, ¿o es que acaso porque hay crisis debemos dejar el pensamiento en un cajón? Yo digo que no, sino que precisamente porque hay crisis tenemos que hacer valer nosotros, todos nosotros, nuestra capacidad de concebir, de generar*

conceptos, de crear realmente nuevas posibilidades. Este es el tiempo en el que más activamente somos convocados los que amamos el pensamiento, y no lo digo por un protagonismo personal, los que creemos que el pensamiento es concepción.

JAB: *Pero ¿no le da la impresión de que el pensamiento, ahora, en estos momentos, permanece escondido?*

AG: Siempre ha habido un poco esa concepción, pero, ¿sabe?, hay también ahora un poco de desconcierto. Estamos en una fase de puesta en cuestión de uno mismo, donde uno se siente como apesadumbrado por culpa de unos poderes que parecen que le desbordan. Se habla de globalización, de modelos financieros... y parece que la palabra de cada uno es una palabra nimia... *¡Pobre palabra!* Pero yo creo que necesitamos esa palabra, pero posiblemente no hemos necesitado tanto como ahora de esa palabra a la que yo convoco, y me convoco a mí mismo a decirla, porque parece que estoy hablando a otro, pero me estoy hablando también a mí mismo. Así que, sí, hemos acallado la palabra, por eso es tan necesario dejar hablar y dejarnos hablar, crear condiciones para que fluya la palabra de todos y cada uno. Esto me parece que es una gran tarea social y política. A mí también me sigue faltando la palabra, y por eso sigo reclamando la palabra, la mía y la de los demás.

Madrid, 29 de diciembre de 2010



Josep A. Bermúdez y Angel Gabilondo